

así como el comentario de un texto juanramoniano, seguido de unos ejercicios para activar la comprensión de los alumnos. Un apéndice de títulos y primeros versos cierra el libro.

El estudio preliminar va siguiendo las etapas de la vida del poeta, y a la vez da noticia de la composición de su obra, relacionándola con las escuelas y movimientos literarios en que fue gestándose. Los comentarios sobre los diversos libros muestran un conocimiento en profundidad de los textos juanramonianos, y desbrozan esa selva intrincada que es la aparición de cada uno de sus libros, su retitulación, reordinación o eliminación en las sucesivas antologías de autor, es decir, todo aquello que hace de los *papeles* del poeta un continuo «hacer» y «rehacerse», con la misma fluidez que la vida.

La bibliografía de las ediciones del poeta lleva comentarios que ayudan a comprender las complicaciones ya referidas, y la bibliografía crítica recoge y comenta los más importantes trabajos que, hasta el momento, se han realizado sobre Juan Ramón Jiménez.

Cierra el libro un penetrante Comentario sobre uno de los textos más conocidos del poeta, «El viaje definitivo», y los ejercicios propuestos al alumno estimulan de un modo muy inteligente la percepción de los resortes internos de esta poesía tan rica en elementos rítmicos y en matices imaginarios.

Por la seriedad y profundidad del estudio, así como por los criterios de la esmerada selección antológica, esta edición puede ser muy útil para el estudio de la obra juanramoniana tanto en la Enseñanza Media como en la Universidad.

Sabina de la CRUZ

Antología de la novela corta erótica española de entreguerras, 1918-1936, ed. Lily Litvak (Madrid: Taurus, 1993)

A partir de enero de 1907, cuando Eduardo Zamacois lanza el primer número de *El Cuento Semanal*, *Desencanto* de Jacinto Octavio Picón, cobra espectacular desarrollo el género de la novela corta, hasta el punto de que entre ese año y el de 1939, según los muy prudentes cálculos de Carlos Sainz de Robles —*La promoción de «El Cuento Semanal»* (Madrid: Espasa-Calpe, 1975)— aparecerían unas cien colecciones especializadas y, en conjunto, llegarían a imprimirse en torno a los diez mil títulos, cantidades, a mi juicio, que lejos de resultar exageradas pecarían de prudentes.

Ese fenómeno editorial abarcó, por supuesto, multitud de tendencias, desde la costumbrista a la naturalista, pasando por un realismo residual

y sin rechazar siquiera los experimentalismos de la vanguardia. El erotismo, claro está, fue una de sus corrientes dominantes, introducida — también— por Zamacois y desarrollada luego en multitud de direcciones.

Se trata, en consecuencia, de una realidad compleja, cuyo estudio ofrece numerosas zonas de sombra y se muestra lleno de vacíos. Por no haber, ni siquiera hay un catálogo, razonado y completo, de esas colecciones y, a pesar de que últimamente se hayan publicado meritorias monografías, en buena medida (o sea, en mala) aún nos movemos en el terreno de las generalidades. De ahí la oportuna aparición de esta antología de Lily Litvak, por supuesto discutible (inevitablemente discutible cabría matizar, porque la amplitud del género da para todos los gustos), prologada con brillantez y expertamente repleta de pistas que, deseablemente, debieran tentar a no pocos especialistas en ciernes.

UNA ÉPOCA

Como Litvak sostiene, el período acotado (1918-1936) dista mucho de representar una medida arbitraria de tiempo. Al contrario, los años de entreguerras presentan unas muy nítidas características y, entre otros decisivos acontecimientos, marcaron un innegable punto y aparte en la concepción de la mujer, desbordando todos los planteamientos anteriores, tanto los superficiales como los más profundos.

Naturalmente, entre la verdadera multitud de autores de novelas eróticas se registran muy diversos planteamientos, desde los alegatos contra la moral burguesa de Felipe Trigo o la preocupación social del segundo Zamacois, superada su primera etapa de obvio *afrancesamiento* (1894-1900), hasta la jocosidad de Joaquín Belda, a veces recorrida por desagradables notas de «sal gorda», la bohemia de resonancias modernistas de Emilio Carrere, las altisonancias de José María Carretero («El caballero Audaz») o el tremendismo de Eugenio Noel y los irrenunciables virtuosismos vanguardistas del inagotable Ramón Gómez de la Serna, él sólo toda una historia de la literatura del siglo xx. En esa pluralidad y riqueza radica su mejor virtud.

Durante demasiado tiempo se han menospreciado los estudios sobre la literatura crónica contemporánea, considerada por cierto tipo de cejijuntos doctos por esencia *ínfima* y, en cuanto tal, prescindible. Estudios como los de Genet o Marcuse han desterrado, es de esperar que de un modo definitivo, ese tipo de planteamientos. Antologías tan necesarias como ésta de Litvak debieran descubrir a muchos lectores océanos —paradójicamente— todavía vírgenes.

Gonzalo SANTONJA